P. PICA Y PECA

DONDE LAS DAN I

No

1
230820



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

COLECCIÓN INOCENTE

20 CTS.

1
230820

47/N34841

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

I

INTERRUPCIÓN IMPORTUNA

Pascuala y Antonio sostenían la acostumbrada pelotera cotidiana, motivada por los recíprocos celos.

El la recriminaba a ella, porque no entraba en el ventorro parroquiano con el que no gastase bromas para recibir chicoleos, y ella a él por las asíduas atenciones que guardaba a Mari Pepa, la mujer del tío Bruno, ricacho del lugar que gozaba fama de ser, al par que uno de los más ricos, el más bruto en muchas leguas a la redonda.

—Te digo que esto tiene que acabar mal—decía el marido, airado—. Eres una coqueta y una presumida... ¿Te crees, por ventura, que está ni medio regular en una mujer casada lo que tú haces?...

—¿Y qué es lo que hago yo, cacho de corcho?

—¿Qué haces?... ¡Pues ahí es nada! No entra un parroquiano en casa a quien no te le metas por los ojos...

—Pues si así no fuera, ¡bonito marcharía el negocio!... Claro que procuro halagar, hacerme simpática, atraer a la parroquia, en suma, para evitar que se vayan a casa del *Considerado,*

R-3189543

como llaman al señor Cirilo, el posadero, que ya sabes el dinero que tiene.

—Sí ; pero, además tiene otras cosas que yo no quiero tener y ya sabes a qué me refiero.

—¡ Bah !... Eso son envidias y calumnias.

—¡ Cuernos !...

—Bueno, bueno. Dejemos esas cosas a quien Dios se las dé...

—Es que Dios no da esas cosas más que a los animales que lo necesitan.

—Y a otros que los piden a voces, por bestias... Después de todo, si yo te hiciera una trastada, bien merecida te la tendrías...

—¡ Mira, Pascuala !...—dijo Antonio, acariciando la vara, que casi nunca abandonaba.

—¡ Eso faltaba !... Que me amenazaras por esa pelandusca de Mari Pepa...

—Eres una mala lengua...

—Y tú un sinvergonzón y un falso.

—¡ Pascuala !...

—¡ Antonio !... Por supuesto, que hay gustos que merecen palos y en el pecado llevan la penitencia... No me explico que esa mujer pueda gustar más que al tío Bruno, que es un... vamos, ¡ eso !...—no quiero ofender a los bueyes, comparándole a ellos—, y a ti, que eres...

—¿ Qué ?—preguntó, iracundo, Antonio.

—Un mala sombra de pésimo gusto.

—Tienes razón... ¡ Me agradaste tú !...

—¿ Me vas a comparar a mí con ese bacalao de Escocia ?

Los ojos de Antonio se fijaron en los de su indignada costilla, y dulcificando el gesto y dando a la voz cariñosa entonación, exclamó :

—Eso de ninguna manera. ¡ Comparar a Mari Pepa con este rollito de manteca !...

Y al decir esto, acarició la barbilla de Pascuala, que, haciendo dengues, intentó rechazarle.



... le dió un sonoro beso...

—Vamos, no seas tonta... Ya sabes tú cómo las gasto contigo... A ver si puedes decirme si algún día he dejado yo de cumplir...

—Bueno, bueno; no basta que cumplas conmigo, sino que no intentes cumplir con otras... y tú... te pasas de cumplido...

Antonio se echó a reir ruidosamente, y rodeando con su robusto brazo de patán el airoso talle de su compañera, la dió un sonoro beso en los labios, en aquellos labios tan frescos y tan rojos, y hurgando con la siniestra mano por el abierto escote, exclamó, con ojos encandilados y con orgullo de poseedor:

—La verdad es que si Mari Pepa tuviera estos tesoros...

Y palpaba, gozoso, las partes aludidas.

—¡Quita de ahí!...—dijo Pascuala, ya calmada y rechazándole suavemente.

—No sé lo que me pasa cada vez que tenemos una bronca; ¡parece que se me enciende la sangre!...

—Pues entonces debieras semejar un mechero *Aüer,* pues las broncas es lo que más abunda.

—¡Por tu culpa!

—¡Por la tuya!...

—¡Si eres insoportable!...

—¡Si te haces odiosa!...

Y hubieran vuelto de nuevo a engrescarse, si la llegada de un extraño cortejo no les hubiera hecho poner punto en boca.

El *tac-tac* de una bocina de automóvil les obligó a mirar a la carretera, y como no viesen caminar más que a una yunta de bueyes que a su mesurado paso avanzaba hacia ellos, se preguntaron con la mirada lo que pudiera ser.

El sonar de la bocina se dejó oir más próxima y distintamente y entonces comprendieron

de lo que se trataba: de un automóvil, que, habiendo sufrido alguna avería, tuvo necesidad de solicitar el lento caminar de aquellos cansinos animales, tras de haber devorado en vertiginosa carrera kilómetros infinitos.

La ley del contraste tiene caprichos por demás curiosos...

II

DOS PARA DOS

Antonio se adelantó hacia los recién llegados, y descubriéndose respetuosamente con esa tan servil e insinuante afabilidad campesina que suele emplearse cuando se vislumbra el lucro, les ofreció hospitalidad en el ventorro, ofrecimiento que fué aceptado sin la menor vacilación por los viajeros.

Estos eran dos. Un caballero y una señora, de porte distinguido él y ella elegante y bellísima.

—¡Gracias a Dios que podremos descansar y reponer las fuerzas!—dijo la dama con un ligero acento extranjero.

—Lo peor es, Lucy, que tendremos que estar más tiempo del que fuera de desear si hemos de esperar a que repongan la pieza inutilizada del motor... ¿Qué te parece, Raúl?...—preguntó al *chauffeur*.

—Si hay por aquí un buen cerrajero, es cosa de poco; mañana podríamos seguir...

—¿Oyes lo que dicen?—interpeló el caballero a Antonio.

—¿Hay por aquí cerca quien se comprometa a hacer la pieza que se ha roto?—agregó la joven.

—Por aquí cerca, señores, no hay más que un

herrador bastante bruto, sin que esto sea ofender... Pero en el pueblo próximo sí encontrarán lo que desean.

—¿Y cuánto hay de aquí al pueblo?

—Cuatro horas escasas...

—Vamos, unos doce kilómetros.

—Justamente.

—¿Y con qué medios de locomoción puede contar el *chauffeur* para ir?...

—Yo tengo un carrito y un buen caballo.

—¡Enhorabuena! Pues lo primero a comer. A ver si nos tratas bien; traemos una hambre devoradora.

—¡Terrible!—afirmó Lucy.

Antonio miró con encandilados ojos a la dama que acababa de hablar, la que, con la naturalidad mayor del mundo, se había subido la estrecha falda y se estaba asegurando la liga en el muslo, dejando ver las dos lindas pantorrillas, que levemente aprisionaban unas medias de seda finísimas y caladas.

Pascuala, que observó el atontamiento de Antonio, se acercó a él disimuladamente y le dió un terrible pellizco que le hizo volver en sí y dar un brusco respingo. Si llegan a estar a solas, seguramente se lleva el gran mogicón la robusta mocetona.

Esta, por no perder la costumbre de ser insinuante con los parroquianos y queriendo dar en los ojos a su marido, se acercó al caballero moviendo graciosamente su airoso cuerpo, y después de haber entreabierto el escote de modo que dejara lucir plenamente la divina garganta y adivinar el encanto de su pecho robusto y retador, que se balanceaba dulcemente, con temblor de gelatina.



... y se estaba asegurando la liga...

—Señorito—le dijo con voz expresiva y halagadora—, si quieren descansar mientras se les prepara la comida, vengan a mi cuarto y allí tendrán de todo : buenas vistas, mucho fresco y... blanda cama.

Y al decir esto sonrió picarescamente.

El caballero contestó afablemente :

—Acepto reconocido, buena moza. ¿Cómo es tu nombre?...

—Muy feo... ¡Pascuala!... Mire usted que suena mal Pascuala...

—El nombre nada importa, cuando la poseedora es tan hermosa como tú.

—¿Yo? ...¡Pobre de mí!... ¡La señorita sí que es guapa!... ¡Vamos, no se puede negar que tiene usted un gusto de primera!...

Lucy rompió en una alegre carcajada, y dirigiéndose a su acompañante, le dijo :

—¡No te quejarás, Ernesto! Decididamente que esta muchacha tiene algo de adivina. Parece que ha oído lo que hablábamos hace poco... *Nous allons*...

—No es un salón, señorita — interrumpió Pascuala— ; pero la cama es buena y limpia.

—Y si no que lo diga tu marido...—completó Ernesto, dirigiendo a Pascuala una mirada de esas que desnudan, y que la moza sostuvo retadora.

Al viajero le había impresionado aquella hermosa campesina y a ésta el distinguido porte y varonil belleza del caballero.

Pasaron al interior del ventorro, en el que solamente había dos o tres carreteros y campesinos, que saludaron respetuosamente, y una vez en la trastienda, Antonio les ofreció unas

cervezas y gaseosas, que había sacado del pozo, donde las tenía a refrescar.

Después de descansar un poco, los viajeros se dirigieron a la alcoba designada, y una vez dentro cerraron la puerta tras de sí.

—¡Que aproveche! — dijo Pascuala, alejándose—. Ella es guapa, pero él... él es todo un buen mozo...

Y Antonio, que se disponía a enganchar el caballo al carrito para que el *chauffeur* marchara, no hacía más que pensar en aquellas pantorrillas tan bien hechas que había mostrado la viajera.

Cuando aquello era tan lindo, ¿cómo sería lo demás?...

Y pensando en esto le daban intenciones de subir a la alcoba y ponerse a mirar por el ojo de la cerradura, pero acordóse de Pascuala, y se llevó instintivamente la mano al brazo pellizcado, en el que lucía un espléndido cardenal.

III

EXCELENTES PROPÓSITOS

Ernesto de Miranda era uno de esos felices mortales cuya sola misión es la de gozar de todos los placeres imaginables.

Sus queridas, mejor dicho, sus caprichos, eran infinitos, así que sus conquistas se iban renovando a cada momento, sin que ninguna hubiera conseguido retenerle mucho tiempo.

Ernesto se decía que esto era debido a que ninguna supo interesarle el corazón. Nunca tropezó con una oposición seria, con la dificultad más leve, ni con ninguna originalidad.

Todo era lo de siempre. El mismo goce, aunque fuesen distintas las proveedoras del placer.

Sus innegables atractivos, por una parte, y por otra su fortuna, se encargaron siempre de presentarle el camino de su deseo lo más fácil y expedito.

Aquella misma Lucy, aquella rubia francesita, que había hecho perder su gravedad a un respetable lord inglés, que se mató por ella, abandonó en París a un príncipe ruso, por seguir al joven español que conociera, jugándose indiferente una fortuna en Monte Carlo.

De esto haría un mes escasamente, y ya tanto él como ella comenzaban a sentir el aguijón

de la variedad y el deseo de romper el pacto amoroso...

Cuando así se hallaban sus espíritus, fué cuando llegaron al ventorro de Antonio y Pascuala, y ya fuera por lo que de inesperado tuviera la aventura o por buscar emociones de alguna originalidad, tanto Ernesto como Lucy, se propusieron para sí el hacer la conquista de los venteros : la de Antonio ella y él la de la espléndida Pascuala.

Desde luego que uno y otro pensaron ocultarse su propósito.

IV

A 100 POR HORA

Después de comer y con objeto de buscar pretexto para prolongar dos o tres días la estancia allí, dijo Ernesto que él iría con el *chauffeur* al pueblo para activar la reparación del auto, cuando en realidad lo hacía para instruir a su servidor en lo que debía hacer para que no extrañara el retraso.

Cuando hubo partido, aprovechando un momento en que Pascuala salió a la tienda para despachar unas copas a sus asíduos parroquianos que, con el afán de verla, no se dejaban servir por los mozos, bajo pretexto de que despachaban mal el vino, dijo Lucy, dirigiéndose a Antonio :

—Estos alrededores son muy pintorescos. Me gustaría dar un paseo. ¿Quiere usted acompañarme?

Antonio se puso como un tomate, no sabemos si de cortedad o de emoción, y con voz trémula y mirando, receloso, para la tienda, en donde estaba Pascuala, contestó :

—Con el mayor gozo, señorita... ¡Juanica!—gritó a una mozuela que tenían a su servicio—, si Pascuala pregunta por mí, dila que he ido a acompañar a la señora, que quiere dar un paseico por aquí cerca ; si no pregunta, no digas nada.

Y dirigiéndose luego a la ideal francesita, añadió :

—Si le parece, señorita, saldremos por la puerta trasera, para que no pase por entre esos brutazos que beben vino.

—Como sea mejor.

—Pues andando.

Y ambos salieron, uno al lado del otro, sin pronunciar palabra, pero mirándose insistentemente.

Antonio, a pesar de ser un palurdo zafio y torpe, tenía fama de atrevido en cuanto se refería a mujeres, y si bien aquella que caminaba a su lado, grácil y seductora, le imponía cierto respeto, que anudaba en su garganta las palabras que quería dirigirla, las insinuantes miradas de la bella, sus palabras amables y sus epigramáticas sonrisas, iban alejando de él la cortedad, y poco a poco, de un modo insensible, se iba aproximando a Lucy hasta rozar su cuerpo con el de ella.

Habrían caminado escasamente medio kilómetro cuando, al llegar a un sitio que formaba hondonada y que protegían de los rayos del sol, con su densa sombra, copudos nogales, exclamó Lucy :

—¡ Uf !... ¡ Qué calor !... ¡ No puedo más si no descanso un poco !... Este sitio es delicioso, encantador ; invita al reposo y a... amar... Dígame usted, ¿ sabe qué es amor ?

—Mire usted, señorita. La pregunta se las trae, porque me pone en un brete...

—¿ Y por qué... *mon cher*... ?

—¿ Mon... qué ?

—¡ Ah ! perdón ; hablé en francés ; mi querido, quise decir.

—¿ Su querido ? — dijo Antonio, rascándose la coronilla y mirándola con sus grandes ojazos que despedían lumbre.

—Sentémonos—dijo Lucy ; y al ver que Antonio continuaba respetuosamente de pie, le ordenó :—Usted también ; aquí, a mi lado.

Y cogiendo una de sus callosas manos, que retuvo entre la suya, lo arrastró hacia ella con tal empuje, que a poco le hace caer.

—Diga—preguntó de nuevo— : ¿ Usted sabe qué es amor ?

—Mire usted, yo no sé explicarme, pero eso debe ser una cosica que se entra por los ojos, y se va entrando, y se va entrando muy hondo, hasta que nos pone la sangre encendida y nos pone que *paece* que vamos a relinchar, y nos pone...

—Sí, vamos ; como está usted — dijo Lucy, lanzando una significativa mirada a cierta parte del cuerpo del palurdo...

Este, más encendido que un tizón y rascándose la oreja, miró a Lucy, que, pretextando el calor que hacía, había desabrochado la vaporosa blusa, dejando en plena libertad dos divinos globos, tersos y redondos, cuya blancura la leche envidiara y en cuyo centro lucían dos preciosos y diminutos botones cual capullos de rosas enanas.

Antonio dió un rugido, y sin poder ya dominarse, echó sus manazas, que semejaban la zarpa de un oso, sobre aquellos delicados encantos, en tanto que la francesa, sonriendo, triunfante, le echó los brazos al cuello e imprimía con su perfumada boca un ardiente beso en los

gruesos labios del patán, sin reparar en que a tabaco y alcohol hedían...

... ...

Después de las primeras fieras acometidas, dijo Lucy :

—¡Calma!... ¡Poco a poco!... Busquemos dulce refinamiento al placer.

Y acariciando el cuerpo a medio desnudar de



... imprimió un ardiente beso en los labios del patán...

Antonio, le hizo sentir deliciosos y agotadores espasmos por un procedimiento que él nunca había conocido...

—Ahora tú a mí—decía, jadeante, la francesa—. Hazme lo mismo que yo.

—¿Que haga lo mismo?—dijo Antonio con una mezcla de espanto y de sorpresa.

—Sí, vida. Hazme feliz...

—Pero... si no sabré...—decía el pobre, excusándose.

—¡Si es muy fácil! Así, ven... yo te enseñaré.

V

A 150

Pascuala, cuando hubo terminado en la tienda y entró al interior, se vió sorprendida por la ausencia de Antonio y de Lucy, y al saber que estaban de paseo, en vez de mostrarse contrariada por la ausencia de su marido, lamentó la del joven viajero, que hubiera podido estar haciéndole a ella compañía como a Lucy se la hacía Antonio.

Se puso a traginar en los quehaceres de la casa, pero en vista de la prolongada ausencia de los paseantes, salió en su busca.

Caminó más de media hora sin hallarles, y cuando se disponía a regresar a su casa, creyó oir a sus pies un rumor de besos y frases entrecortadas.

Se detuvo sorprendida, y procurando hacer el menor ruido, se ocultó tras unas zarzas y por entre el ramaje se puso a mirar atentamente, descubriendo a Antonio y a Lucy, en el momento más interesante de sus amorosos escarceos.

—¡María Santísima!... Pero... ¿qué es lo que veo?... ¿Habrá bribón?... Pero... ¿qué es lo que hace?... Si parece que le está mordiendo... ¡Y en qué sitio!...

No sabemos si al exclamar así se refería al

lugar del cuerpo, o al lugar en que se hallaban...

—¡ Y a mí que nunca me ha hecho esas cosas !... ¡ Mira lo que se tenía guardado !...

Intenciones tuvo de coger varias piedras y lapidarlos sin compasión ; pero pensando serenamente, comprendió el escándalo que aquello produciría y el quebranto que habría de ocasionar a sus intereses, y determinó no darse por entendida hasta que los viajeros marcharan ; y entonces... ¡ oh, entonces, Antonio se las pagaría !...

Y buscando una venganza, regresó a su hogar, y sentándose en una silla baja, apoyó la frente en sus manos, dejando lucir los graciosos rizos del cogote y el cuello y nacimiento de su robusta espalda.

De pronto un débil cosquilleo en el cuello, y el estallido de un beso cálido y supcionador, la hicieron salir de su abstraimiento.

Ernesto, que había regresado ya, se hallaba frente a ella, y sin esperar la aprobación o censura a su proceder la rodeó la cintura, y empujándola con vehemencia hacia la alcoba, la dijo :

—Anda, pronto, hermosa mía ; ya sé que ni tu marido ni mi compañera están. Aprovechemos el tiempo. Anda, gloria mía, hazme el más feliz de los hombres.

Y la besaba en los ojos, en los labios, que le mordía y chupaba furiosamente, haciéndola sentir sensaciones desconocidas, promisoras de placeres nuevos.

Pascuala olvidó en aquellos momentos a su marido y a la francesa, y por último se olvidó de sí misma, arrojándose en brazos de aquel

conquistador terrible, que gozó a su albedrío de todos los tesoros de voluptuosidad que encerraba aquel cuerpo joven y hermoso, que olía a



... empujándola con vehemencia hacia la alcoba...

laurel y tomillo y rebosaba salud y lozanía.

La sesión fué ruda y aprovechada, pero breve, por temor al regreso de los ausentes.

VI

A GUSTO DE TODOS

Estos llegaron al fin. Ella, pálida y despeinada, con un profundo surco que circundaba sus azules ojos, como delación del desgaste físico, del goce, agotador de energías, de extenuación pasajera. El, rojo como la amapola, con los ojos brillantes cual carbunclos y ojeroso como si hubiera pasado dos noches sin dormir.

Pascuala miró a Antonio y Ernesto examinó a Lucy.

De este examen resaltó ante la escrutadora mirada del experto calavera la evidencia de lo que había ocurrido, y no queriendo aceptar la sociedad con Antonio, le dijo a su amiga :

—Queridita : mañana estará el automóvil en disposición de reanudar la marcha ; pero siendo imposible el que te acompañe, por reclamar mi presencia en casa asuntos de gran interés, marcharás tú sola...

—Me es indiferente.

—Lo suponía y me complace...

—Quiero dormir sola.

—Coincides con mi deseo. Tu dormirás en la habitación que hemos ocupado esta tarde y yo... ¿dónde?...—preguntó, dirigiéndose a Pascuala y haciendo un signo de inteligencia.

—El señorito al extremo opuesto, que es la

habitación que queda más aireada y espaciosa.

—Entendidos. Ahora a cenar ; pero cenemos los cuatro reunidos, para solemnizar la fecha de hoy, que nos dejará perdurables recuerdos...

Y pensando cada uno en sí, Antonio miró a Lucy y Pascuala miró a Ernesto.

En aquellos instantes a nadie le pasaba por las mientes recriminar.

La reciprocidad de la falta, hace el castigo innecesario.

La cena fué larga y animada, y con objeto de distraer a los señores, acudieron varios mozos y mozas de allí cerca, que estuvieron cantando y bailando hasta después de las diez, a cuya hora cada uno marchó a la habitación que le había sido designada.

Antonio y Pascuala, una vez se hallaron solos y teniendo el mismo pensamiento, aunque con distinta idea, convinieron en acostarse aquella noche en lugares diferentes : él abajo, en la trastienda y ella al fondo, en el cuarto de la moza, que estaba junto al de Ernesto.

Ella sabía la picardía del marido, pero éste, confiado, estaba muy lejos de suponer que ya su frente pudiera ostentar molestos atributos, y así, ladino y confiado, en lo que menos pensó fué en vigilar a Pascuala ; al contrario, su más vehemente deseo era estar bien lejos de ella.

VII

LA SEÑORITA Y EL PATÁN

Un antiguo reloj de pesas dejó oir doce campanadas. Antonio, que, descalzo y en ropas menores, esperaba, ansioso, este momento, subió a obscuras, procurando no hacer ningún ruido, aquellas escaleras que le eran tan conocidas, por conducir directamente a aquella alcoba que fué su cámara nupcial y en la cual hacía dos años que Pascuala le ofreció, ruborosa, las primicias de su cuerpo delicioso, ofrendándole el tesoro de una virginidad sin mácula.

Al pensar en esto, sintió como una especie de remordimiento que le hizo vacilar unos instantes.

Aquello le parecía un poco fuerte.

¡ Faltar así a la fidelidad jurada, profanando el tálamo nupcial, que hasta entonces había sido un santuario !...

Pero seguidamente pensó en lo feliz que había sido aquella tarde y en la dicha que le aguardaba aquella noche, libando sin tasa los placeres tan dulces y tan intensos que sabía producir aquella divina mujer, maestra en todos los misterios del sensualismo e iniciadora de goces hasta entonces por él ignorados...

¡ Si Pascuala lo supiera !... Pero, ¡ bah ! ¿ cómo lo podría saber ?... Los forasteros se marcharían al día siguiente y de aquella maravi-

llosa aventura sólo quedaría un dulcísimo recuerdo...

Lo malo era que aquellas cosas que Lucy habíale enseñado le gustaron sobremanera y luego las echaría de menos... ¡ Y cualquier día le



... se ofreció a su vista un cuadro que le dejó estático.

proponía a Pascuala que se las hiciera !... Sería capaz de tirarle de la cama...

. . . . . .

Así pensando, llegó, canteloso, a la puerta de

la alcoba, que Lucy tenía sin asegurar con llave.

Antonio empujó suavemente, y al encontrarse dentro, se ofreció a su vista un cuadro que le dejó estático.

Lucy, en medio de la habitación, en la más completa desnudez, luciendo en toda su majestad su sublime belleza, con la rubia cabellera deshecha, extendida sobre la divina espalda y agitándose suavemente los robustos y nacarinos senos, le tendía los brazos y le ofrecía las mieles de su boca.

Antonio avanzó como un autómata hacia ella, y al llegar a su lado, cayó de rodillas y apoyó su enmarañada cabeza en el ángulo delicioso en que termina el vientre y comienza el florecimiento del delicioso vello.

—No, loco mío ; así, no ; ven, ven, echémonos un poco.

Antonio, aun de rodillas, quedó contemplando a aquella diosa a quien Afrodita difícilmente hubiera superado en perfecciones y encantos, y cogiéndola entre sus robustos brazos de patán, se incorporó con ella en vilo y la depositó, cuidadoso, sobre el blanco lecho...

... ...

VIII

EL SEÑORITO Y LA PALURDA

Casi a la misma hora, una escena semejante sucedía al otro extremo de la casa.

Pascuala, como había anunciado a su marido, ocupó el cuarto de la moza, la cual aquella noche dormía en el pajar.

Esta habitación estaba sólo separada por un ligero tabique, que permitía oir perfectamente lo que se hablara en la inmediata.

A poco de sonar las doce, unos ligeros golpecitos dados con los nudillos avisaron a la garrida ventorrillera que se la esperaba en la vecina estancia para reanudar la dulce contienda que tuvieron que abandonar por premuras de tiempo.

Como no contestara inmediatamente a la llamada, Ernesto secundó los golpes, esta vez más pronunciados, ante lo cual Pascuala, llevándose un dedo a los labios como si el otro pudiera verla, hizo ademán de imponer silencio...

Tras esto, vaciló unos momentos más.

También a ella se le hacía algo duro adornar la frente de Antonio y de aquella manera tan furiosa y repetida ; pero al pensar de esta manera, el recuerdo de la escena que sorprendió aquella tarde y que tanta indignación le produjo, acudió a su mente y la obligó a desechar toda clase de escrúpulos.

Saltó decidida del lecho y al agacharse para recoger la blusa que se había caído, se desbordaron de la blanca camisa aquellos hermosos pechos, de tamaño extraordinario y sorprendente dureza.

Su negra cabellera enmarcaba briosamente el trigueño rostro, que lucía el color y la frescura de los rojos claveles reventones.

Apagó la luz, y procurando contener hasta la respiración, se dirigió, temblorosa, a la habitación de Ernesto.

Este, que aguardaba con la mayor impaciencia a la hermosa ventera, la recibió febril en sus brazos, y cerrando cuidadosamente la puerta, arrancó la blanca camisa que encubría el hermoso cuerpo deseado.

Sin darle tiempo de llegar a la cama, empezó una serie de caricias a cual más enervadoras, aplicadas con tan sabia maestría, que cada una arrancaba un gemido de angustioso placer a aquella robusta y espléndida mocetona.

Por fin llegaron al pequeño lecho que, al sentir el abundante peso de aquella hermosura lugareña, crujió amenazante de venir al suelo.

Ernesto, como perfecto conocedor de todos los modelos de belleza femenina, aunque inclinado siempre a aquellos que innspiraran a Rubens sus inmortales creaciones, se admiraba de ver la corrección de líneas, delicadas y suaves, en medio de aquella robusta complexión.

Especialmente el pecho, le maravillaba. Parecía imposible que un volumen tan extraordinario no le obligara a descender vencido por el peso. Al contrario; se erguían gallardos y re-

tadores, luciendo su tersa y morena redondez sin el menor decaimiento.

Solamente un ligero temblor suave y nervioso los conmovía un poco cuando se movía su dueña al andar.

Ernesto los besaba, entusiasmado, succionando suavemente sus diminutos broches. Luego seguía su exploración magistralmente, haciéndola sentir repetidos espasmos de placer, cual nunca le hiciera experimentar Antonio.

¡Oh, aquello era delicioso!... ¡Y tan pronto como lo perdería!...

De improviso, Pascuala, que gemía retorciéndose entre agotadores espasmos, exclamó, trémula y angustiosa:

—¡No, no!... ¡Por Dios, ya no más! Me matas, cielo mío.

Y cogiendo, furiosa, la negra cabellera de su apasionado, tiró de ella fuertemente, obligándole a mirarla cara a cara...

—¿Has sido feliz?... ¡Mi vida, mi negraza!... ¡Mi morucha!...

—Hasta sentirme morir.

—Pues bien, ahora me toca a mí... Justo es que me hagas dichoso...

IX

DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

Dieron las tres de la madrugada.

Lucy, incansable y deseosa de aquel macho fornido e invencible, que perdería al día siguiente para siempre, quería explotarlo hasta lo último.

—No, ya no más—dijo Antonio—. Yo bien querría, pero es tarde y pudiera levantarse mi mujer, y entonces... ¡Buena se armaría!...

Lucy, al oir esto, lanzó una risotada, y cuando pudo calmar la risa, le dijo al admirado mocetón:

—¡Ja, ja!... ¡Cuidado que eres inocente! Seguramente que en esos momentos tu mujer se ocupa de ti como tú te ocupas de ella...

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó con sobresalto Antonio.

—Pues que con toda seguridad estará entre los brazos de mi amigo...

—¡Eso es imposible!

—¿Imposible?... Apostaría la vida. Le conozco demasiado; es un conquistador terrible no hay mujer que se le resista... Y eso de ir a dormir al otro extremo de la habitación...

Antonio no pudo oir más.

Sin ocuparse ni aun de abrocharse los calzoncillos, que llevaba cogidos fuertemente, echó a



... cogióle fuertemente por una muñeca...

correr hacia el cuarto en que debía dormir Pascuala, donde pentró de puntillas.

Su mujer no estaba allí.

Luego, ¡ ciertos eran los toros ! ¡ Mejor dicho, el cabestro era él !...

Ya no podría hablar del posadero el *Considerado*. Ya era de su cofradía.

Fué a salir y oyó unos suspiros entrecortados y una voz de hombre que decía :

—¡ Así, así, divinamente !... ¡ Parece que lo has hecho toda la vida !... Eres una discípula aprovechada y deliciosa...

Antonio, con los pelos tiesos y algo flojo, salió de la estancia y miró atentamente por el ojo de la llave, y ¡ horror !

Su mujer, su Pascuala, aquella honestidad salvaje, estaba haciendo al forastero, en la más primitiva de las inndumentarias, exactamente lo mismo que la francesa le había hecho a él, y... viceversa... ¡ Ya no tenían nada que echarse en cara !...

Pero él confundiría a su mujer sorprendiéndola al salir, ya que ella ignoraba lo que había hecho él.

Firme en su propósito, cuando Pascuala salió, cubierta sólo con la camisa, que había resultado rota en la contienda, cogióla fuertemente de una muñeca, y arrastrándola e imponiéndola silencio con terrible gesto, la arrastró a la trastienda, donde, arrojándola sobre un viejo sofá de enea que allí había, se quedó mirándola fieramente con los brazos cruzados y amenazador semblante :

—¿ Y ahora... grandísima pu...erca, te atreverás a negar... ?

X

«TUTTI CONTENTI»

Pascuala, viéndose perdida, echó por la calle del medio, y con fiera decisión, le dijo:

—No; ni niego, ni quiero negar... Aun es poco para lo que tú te mereces... ¡Nada, nada! ¡Donde las dan, las toman!... ¡Y pata!

—¿Qué quieres decir?...

—¿Puedes explicarme qué hacías esta tarde con las narices donde se las tenías a la francesita?... ¡Y si fueran las narices sólo!...

Antonio sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, y tratando de justificarse, la dijo:

—Pero, ¡es que yo soy un hombre!...

—¡Tú lo que eres es un marrano!...

—¡Miren la limpia!... ¿Desde cuándo te gustan los barquillos rellenos?...

Esta vez fué Pascuala la que se vió perdida, y tratando de buscar arreglo, dijo a Antonio:

—Yo estoy arrepentida, te lo juro. Puedes hacer lo que mejor te parezca; pero piensa que si nos damos por entendidos, ellos saldrán huyendo y no nos pagarán. De la otra manera, uno y otra nos harán un soberbio regalo... Además, los dos hemos pecado y podemos indultarnos mutuamente.

—Tienes razón; te perdono — dijo Antonio, con voz engolada por la emoción.

—Y yo a ti—replicó Pascuala—. Después de todo, hemos hecho un buen negocio.

—Y hemos aprendido una cosa que ignorábamos y que resulta de primera.

—¡ Para mí !...

—¡ No, para mí !

—¡ Pues bueno ; para los dos !

Y los esposos se miraron, sonrientes y maliciosos, e instintivamente se dieron un beso en la boca, tras el cual, casi al mismo tiempo, se pasaron el dorso de la mano por los labios con gesto de profunda repugnancia.

Ambos pensaban en lo que el otro había hecho.

... ...

Los viajeros se marcharon, con distintas rutas, no sin recompensar espléndidamente al matrimonio, el cual, desde aquella célebre aventura, vivió más unido y más feliz.

EL VENGADOR

POR

EMILIO GANTE

I

A GUISA DE PRÓLOGO

Paco se había retirado algo tarde aquella noche, por lo que, cuando llegó a su dormitorio, pasando antes por otras varias habitaciones llenas de camas con sus respectivos ocupantes o durmientes, hallóse que la suya ya tenía poseedor. Allí regía el derecho de ocupación : el *primus ocupanti,* de los romanos.

—Y, ¿ dónde voy a dormir ? — preguntaba, más bien curioso que contrariado, porque sabía que algún abrigado rinconcillo se le abriría, o se le habría de hacer.

—¡ Ven a acostarte en mi cama, si quieres ; pero no alborotes más !—exclamó una voz mujeril, que salía de entre las tibias almohadas de una cama *de dos cuerpos,* en la que faltaba uno.

Minutos después, el silencio, momentáneamente interrumpido por Paco, continuó reinando en aquella *Santa* Casa, especie de Asilo u Hospital fundado para albergar por las noches a hombres y mujeres jóvenes o de buena edad y en perfecta estado de salud y de limpieza.

Su fundadora fué Pilarcita, aquella vivara-

cha cocinera que, retirada con sus ahorros del oficio, alquiló una casa barata, pero con muchas habitaciones, puso dos camas en cada una, y... ¡*a dormir*! Esto es, a sacar de cada habitación o pieza lo que le costaba la casa toda, y con el resto a darse una vida tranquila, y aun regalona, como lo merecía toda una señora ama de casa, con veinticuatro camas.

La clientela consistía en tal cual camarerita sin colocación, o alguna modesta artista en espectativa de ajuste, o discreta menestrala emancipada de la patria potestad o de la *amorosa* tutela del marido procesado por *sevicia*..., etc., no faltando por allí algún *chulapón,* pero hijo de buena casa, algún estudiante sin libros, algún otro ser infortunado, todos íntimos amigos de Pilarcita, la que les tuteaba a todos y por todos respondía ; porque, si alguna o alguno de sus clientes cometía fuera de allí algún acto que pudiera dar lugar a interpretaciones sobre la *honorabilidad* del sujeto, sería acaso porque tal honorabilidad la dejaría olvidada en la casa de Pilar, pero que recogía o recobraba en seguida así que volvía a penetrar en la casa, donde nunca se perdió nada, salvo tal o cual empellón, bofetada, puntapies... en fin, cosas pequeñas.

Naturalmente inclinada a la bohemia, Pilar se hallaba satisfecha del negocio que hubo de emprender, y que decía ella consistía en la explotación de camas hechas.

Jamás la faltaron parroquianos, porque jamás la faltaron amigos o amigas, si es que les necesitaba ; porque sabía filtrarse por el ojo de una aguja y en cuanto al *confort,* a la liber-

tad u holganza que se respiraba allí, a la limpieza... nada dejaban que desear. Porque si hacía falta más abrigo en una cama, pronto accedía Pilar con su manta y aunque fuese con su piel. Si tal o cual, de común acuerdo, pretendían usufructuar a medias, o compartir un lecho, chico o grande, Pilar no se lo había de impedir, que también disfrutaba de esa parte de voluptuosidad que se desprende contemplando la voluptuosidad ajena o la ajena delectación. Y en cuanto a pulcritud... ¡ah! era la única condición que requería en sus favorecedores ; que fuesen limpios, aseados, perfumados a ser posible, así abrigasen sentimientos despiadados o llegaran de bombardear joya artística en población sitiada.

La noche aquella en que Paco halló asilo en amplio lecho matrimonial, para dormir solamente, después de acomodarse a cabezas y contrarios, o sea haciendo de cabecera los pies, respectivamente entre ambos usufructuarios, llegó un tercero en discordia, llegó otro retrasado trasnochador, al que, sin duda, ya no esperaba la generosa hospitaliaria mujer que ofreció a Paco su cama.

Llegó Manolo, procurando no hacer ruido, procurando mitigar el rumor de sus pisadas, procurando no interrumpir el dulce sueño de los que ya dormían, o la oración de los que aun velaban, o el dulce coloquio en sordina que al oído sostuvieran dos amantes.

Manolo llegó, pues, donde estaba la que creía su amorosa y enamorada compañera... y vió su puesto ocupado por otro, que aunque es-

tuviese al revés y las sábanas ocultasen cosas que no eran para vistas, la celosa cavilosidad iba muy lejos... y le hizo prorrumpir en el más desaforado exabrupto :

—¡ Infame, criminal, felona... pérfida, infiel, mujer traidora... ! ¡ Acostada, acostada entre las piernas de otro... entre las piernas de otro hombre, de otro que no soy yo... ! ¡ Y tú, villano usurpador de lo mío, ruin canalla, astuto como el cuco, que pone sus huevos en el nido ajeno para que se les empolle el ajeno calor... !

Hubiera continuado en su filípica, en su acerada catilinaria, de no haberse producido un murmullo, originado por los que comentaban ora la conducta de la mujerzuela, ora el atrevimiento del aprovechado intruso. Y decían unas :

—¡ Ya veis : esos son los hombres : se les hace un favor, y luego nos lo critican ! ¡ Si le hubiera dejado que se las arreglara él solo... !

Y decían otros :

—Pero si le quitan la cama, ¿ dónde iba a pasar la noche ? ¡ La culpa la tiene Manolo, por no hallarse en su lugar !

—¿ Y si el hombre tuvo faena en otra parte ? ¿ Somos acaso frailes para hacerlo todo a toque de campana... ?

—Oye, Luis : ¿ qué dices a esto ?

—¿ Y tú, Carlos ?

—Yo opino que tan culpable es la mujer como el intruso.

—Y yo opino que el intruso es todavía más culpable.

—Puesto en el caso de Manolo, me vengaría de ambos.

—Y yo también.

Mas en esto apareció la pizpereta Pilar, con el cabello destrenzado, los ojos soñolientos y sin más ropa que la corta camisilla, sin mangas, de calados entredoses.

—¿ Qué escandalera es esta ?—gritó.

De una mirada, a la tenue claridad de una opaca lamparilla, hízose cargo de todo : se llegó a Manolo, le tomó de un brazo, y le dijo :

—¡ Bah ! Una noche se pasa de cualquier modo : ven a mi cama : te la dejaré toda entera ...

Y con sugestivas e insinuantes halagos se le fué llevando del dormitorio, afectando darse por convencida de que la razón estaba entera de parte del agraviado.

Porque ella arreglaba fácilmente toda clase de cuestiones, dando la razón a todos... y quedándose con el dinero.

II

OJALES Y BOTONES

Carlos y Luis eran paisanos e hijos de dos antiguas casas solariegas.

Desde su niñez fueron tan amiguitos, que muchos les llamaban *los inseparables*.

Semejante simpatía, que iba en aumento con los años, pudo enjendrarse y subsistir debido a varias concausas : a la identidad de caracteres, de sentimientos, de aficiones, de gustos y acaso más que a todo a la identidad de educación.

Desde pequeñitos, allá, en su terruño, veíaseles siempre juntos, marchando por los cercanos bosques, ora a cazar pájaros, ora a coger mariposas, ora en busca del risueño riachuelo, donde hacían sus pequeñas travesuras, consistentes en intentar pescar ranas, o simplecillas tencas, haciendo de cualquiera rama caña, de cualquier hilo sedal y de un alfiler anzuelo.

Claro es que con tan sencillos aparejos no podían conseguir muchas piezas que guardar en la chistera (o cesta vieja que llevaban a precaución), pero corriendo de acá para allá se les pasaban las horas y volvían contentos a sus respectivas casas, contando que se habían divertido mucho.

Si por casualidad algún chico de la aldea entraba en tentación de molestar a alguno de

ellos, salía malparado siempre, porque había de entendérselas con los dos.

Para acudir a la escuela, se buscaban uno a otro, a fin de entrar juntos en ella ; así como también salían juntos.

Ya mocitos, juntos fueron a la ciudad para seguir sus carreras : vivían en la misma casa, estudiaban juntos... Pero Carlos era aplicado y Luis no.

Luis jamás hubiera ganado un curso, entregado a sus propias fuerzas ; pero Carlos estudiaba por los dos, y le repetía las lecciones al oído ; y no solamente en su cuarto de estudio, sino en el paseo, en los toros, en el teatro, en cualquier parte, comiendo, etc., le hablaba de las asignaturas, le explicaba los problemas..., en fin, que era un verdadero preceptor, a cuya asiduidad debió Luis llegar a ser un aventajado médico.

A Carlos le dió por la marina, y fué un marino experto que alcanzó grandes prestigios.

Allá, en el fuero interno de cada uno, la amistad que profesaba Carlos a su amigo, parecía tener ciertos matices de paternal... así como la pasión amistosa que a Luis unía con aquél, parecía como revestir cierto carácter de filial...

Y es que la psicología de Carlos tenía algunas de varonil que la de su amigo.

—Luis : ¿cuántos botones tienes en tu levida?—preguntó un día Carlos.

—Mira, chico : tantos como ojales...

—Pues, he aquí la mía, que tiene muchos más botones ; por esto me gusta el uniforme. El botón, es emblema del sexo masculino ; así como el ojal, lo es del femenino.

Y se reían, comentando estas inopinadas consideraciones.

Separados, al fin, ambos amigos por deberes que les imponían sus respectivas carreras, llegó el caso de que, hombres formales ya, pensasaran, o no pensaran (porque hay muchas cosas que se hacen sin pensarse...) en constituir su particular familia.

Luis empezó a ejercer la profesión en la hermosa ciudad donde obtuvo el título; ciudad que contaba con celebrado puerto, uno de los más imoprtantes del mundo. Y en dicha población contrajo amorosas relaciones con distinguida señorita, la que llegó a ser su esposa.

Carlos, en su vida de marino, encontró *su mitad* en celebrado puerto de levante, cabecera o capital de una comarca abundantísima, rica en flores y en frutos delicados.

Pero los nuevos lazos matrimoniales no debilitaron nada de la amistad fraternal que entre ambos hombres reinaba.

En cierta ocasión, visitando Carlos a Luis en la populosísima Barcelona, éste se mostró contrariado, bastante contrariado, porque el ejercicio de la profesión no le producía lo suficiente para dejar de ser gravoso a la casa de sus suegros, personas bien acomodadas pero con otros hijos a quienes atender.

—¡Hombre!—le dijo Carlos—, en la tierra de mi mujer vaca un importante cargo que sería para ti una fortuna; saldrá pronto a oposición: prepárate lo bastante, que por mi parte haré hasta lo imposible para que resultes tú el agraciado.

Luis dió apretado abrazo a su amigo, en testimonio de gratitud; despidiéndose aquellos *botones,* pensando en sus complementarios *ojales*. Porque el marido siempre piensa en su mujer, así vaya a engañarla.

—¡Magdalena de mi vida, pronto mejoraré de posición...!

—¿Qué ocurre?

—Voy a hacer oposiciones para un cargo lucrativo...

—¿Quién te lo ha proporcionado?

—¡Carlos!

—¡Siempre ese hombre...! Pero, ¿es que tú careces de iniciativas propias...?

—¡Qué quieres! El lo ha sabido antes... vaca en su tierra...

—¡Sí: y de los adelantados es la gloria!

—Dame un abracito, en muestras de parabien...

—¡No me vengas con pamplinas! ¡Y te advierto que yo no he de acompañarte a ese pueblucho. Tú te vas... y yo me quedo, me quedo en Barcelona, donde están mis relaciones, mi familia, mis amigas de la infancia... y donde hay lucha; lucha por la vida, lucha de pasiones, lucha de intereses, lucha... por el amor y la libertad.

Y arrojóse en un sofá la nerviosa Magdalena, soñando, acaso, con otro amor... que no tuviera precisión de estarse lavando tantas veces las manos como lo hacía un médico, su marido.

—¡Pero, Magdalena...!—insistió él con bondad.

Pero Magdalena, la bravucona Magdalena,

se levantó del sofá y se alejó a largos pasos, cantando el célebre coro de *Bohemios*.

Indisputablemente que si Luis se casó por tener mujer, ella lo hizo por tener marido : tal como ocurre en la generalidad de los consorcios ; pero no basta esto para conseguir la ventura conyugal. Esta requiere que haya enamoramiento, y éste no brota cuando no hay sincronismo de latidos, afinidad de pasiones. La dominantona Magdalena necesitaba de otro carácter y de otro temperamento, semejante al suyo pero más fuerte, más intenso, que pudiera dominarla ; y sólo así se resignaría, y se sometería, y se sentiría satisfecha, convencida de haber dado con su tipo, con su hombre, con su media naranja, con su ideal...

Pero tal efecto produjo en Luis el desdén, el apartamiento que le demostrara su esposa, que se dió, en consecuencia, redoblados bríos para obtener el codiciado destino, prometiéndose, de alcanzarle, marchar allá y no volver a fijar su planta en la orgullosa metrópoli residencia de Magdalena hasta que ésta fuera a buscarle, a suplicarle y a ofrecerle sus excusas por su tan indiscreto proceder.

¡ Ah ! La última noche que durmieron juntos, víspera de la partida de Luis para el punto de su destino, aun quiso éste mostrarse cariñoso, jovial, hasta sicalíptico con su cónyuge... Pero ésta, ¡ ay ! no respondió, no correspondió a los agasajos, sino que *dejóse hacer*... como estatua, como escultura de carne...

¡ Y esto no basta ! ¡ qué ha de bastar !, a un hombre, a un corazón ardiente, apasionado... !

III

EL JARDÍN DE FLORA Y LOS LIMONCITOS DE ELENA

Es un fenómeno observado.

En las ricas comarcas donde la Naturaleza se ostenta con sus donosas galas, en que el sol es más brillador, fértil el suelo, mieles las frutas, almíbares las viñas, aromas y colores la multitud de plantas y de flores..., en esos territorios donde se abren los poros todos para percibir y emitir efluvios purificadores, germinadores, de bienandanza, de contento, de pasión, de vitalidad, de creación... es también donde se dan los corazones femeninos más ardientes, más apasionados, de más sentimentalidad, como si resultasen ser las bellísimas hijas de tan privilegiadas regiones la concentración quintaesenciada de todos aquellos otros dones que se reunieran y extractasen para producir ese general y común *superátum*... ¡ *la mujer* !

Pero si dicho fenómeno observado, viene a constituir una regla general, de verdad sabida, axiomática, no por ello la creamos exenta de muchas y a veces honrosas excepciones ; porque en las grandes metrópolis mundiales, donde se acumulan los más ricos productos de los más fértiles oasis del planeta todo, que en sus moléculas transportan el calor, la vida, la feracidad... allá donde son llevados, pueden producir sus efectos a pesar de la distancia. ¿ Es

que no se consumen en San Petersburgo frutos de las huertas murcianas, valencianas, y de las campiñas de Almería, Málaga y Jerez? ¿No puede influir esto en una rusa fisiopsicología...?

Cuando Carlos conoció a Elena, hubo de pasar por un proceso fisiopsicológico, resultado del cual fué el amor, que le llevó a los altares.

—¡Caliente país: naranjas exquisitas, uvas como néctar, vinos tonificadores, turrones como ambrosía... flores y perfumes por doquier, y la palmera sombreando los jardines de Flora y los huertos de Panamá... y como espíritu de las flores, de los aromas, de los colores y la luz meridional, la mujer que cruza el patio, vaporosa, y se pierde a lo lejos, trepando las escaleras... mujer de blancas gasas, como las sílfides, de cutis pálido, como el jazmín, y de ojos negros, grandes, brilladores... como estrellas guiadoras a los pensiles del amor...!

Y como codicioso de gozar, de saciarse de todo aquello que tanto le seducía, se dió a disfrutar de todo y hasta casó en el país con una de aquellas sílfides vaporosas que tras cancelas y celosías crecen entre macetas, suspirando como el céfiro, cantando como canarios y sonrientes como un primaveral amanecer.

Pero los deberes de marido no se sobrepusieron a los deberes de marino en el corazón de Carlos.

Este continuaba haciendo las travesías propias de su cargo, bien que conteniendo algún suspiro al despedirse de Elena, cuando el viaje había de resultar de alguna mayor duración.

La circunstancia de haberse avecindado en

aquella ciudad levantina su íntimo amigo Luis, vino a consolar a Carlos, que le dijo un día:

—Amigo Luis: nuestra cruz es nuestro oficio · tú, por cumplir con el tuyo, hubiste de abandonar tu familia; yo, por cumplir con el mío, he de abandonar a mi mujer, mi bella Elena, durante largas travesías, que embeben, a veces, numerosas singladuras. Pero la feliz coincidencia de que te encuentres en ésta, alivia mi contrariedad, pues que sabrás acompañar a Elena, aconsejarla convenientemente y evitar la moleste cualquier desocupado importuno... que nunca falta, cuando una mujer joven y bella se ve en la necesidad de hallarse sola.

—¡Descuida, amigo Carlos; confía en mí, como yo en ti confío cuando recales en la hermosa Barcelona: habla allí de mi ausencia, de mi triste soledad... y, acaso, un día...!

—¡Sí, sí; cuando... nos jubilen!

El cambio de clima, de costumbres, de régimen de vida, de alimentos en general, de ambiente, puede determinar en nosotros tal transformación, que esfumándose gradualmente nuestro anterior carácter y modo de ser, gradualmente también vayamos adquiriendo otros del todo distintos.

Y esto le fué ocurriendo a Luis.

La costumbre de madrugar para acudir al jardín de Elena y allí, entre jazmines y madreselvas, acompañarla a tomar el desayuno, consistente en chocolate, ensaimadas y un gran plato de higos chumbos (o de pala), en tanto las avecillas de los contornos acudían a trinar, a piar, a cantar, en espera de las habituales mi-

gajas... y en tanto la sencilla Elena, en su matinal desaliño, ora mostraba el piececito níveo, que escapaba de la mal calzada chinela huyendo del calor estival... ora alzaba las anchas y cortas mangas de su bata como buscando una mayor frescura, dejando al descubierto unos brazos de armiño capaces de acreditar de Fidias al escultor que los modeló... ora dejaba al descubierto con candor alguna parte de su seno, semejante al de blanca hermosa diosa griega... recordando a esa frente oblonga cuyos hechiceros pezoncitos se esconden, o a veces se asoman, por entre las verdes hojas del meridional limonero...

La costumbre o hábito de acudir a la hora de comer para acompañar a Elena en la mesa, hora en que ésta se hallaba ya peinada y trajeada como para recibir una visita de cumplido, a pesar de la intimidad que entre los dos iba existiendo ya ; y en aquella ocasión, escuchar de los sonrientes labios de la dama mil curiosas historietas, dichas con gracejo encantador, alusivas a las cosas y los hábitos de aquella tierra...

La costumbre de oirse tratar cariñosa o afablemente de Luisito, por aquella mujer que le iba inspirando un sentimiento desconocido, mezcla de respeto, de ternura, de cariño fraternal, de amor...

Todos esos factores juntos, causa fueron de que Luis fuese relegando a muy secundario término en su memoria a la gentil Magdalena—que poco se molestaba en escribirle—, al amigo de la infancia, que gozaría ordenando maniobras entre sus marinerotes, y a todo lo demás

que no fuese la graciosísima, expansiva y espiritual Elena, más bella que la de Troya.

Pasó tiempo.

Un día, en una de sus frecuentísimas visitas, la preguntó :

—¿ Ha tenido usted carta... del ausente ?

—Sí ; léala, si gusta... Está bueno, contento ; envía desde Barcelona recuerdos de parte de su esposa de usted y, como final, consabida posdata : «Si precisas cualquiera cosa, ahí tienes a Luis, mi amigo ; no tengas inconveniente alguno en dirigirte a él y pedirle cuanto te plazca...»

Y Elena lanzó una picaresca carcajadita al terminar la lectura de tan ingenua posdata.

—¿ Por qué se ríe usted ?—la preguntó con dulzura y no sin cierta pizca de intención el favorecido amigo.

—¡ Ya ve usted ! De la ingenuidad de mi marido ; porque una chica de veinte años y recién casada, ¿ qué habrá de necesitar... teniendo al marido ausente ?

¡ Ah ! Pero Carlos sabe que este su amigo nunca le podrá faltar... ¡ Nunca ; ni en presencia ni en ausencia !... Porque Luis sabrá sufrir y devorará su sufrimiento en silencio ; sentirá destrozarse en pedazos su afligido corazón... pero jamás ni una palabra, ni un acto mucho menos, podrán recriminarle por su inicuo proceder, por la amistad traicionada...

Y al decir con vehemencia estas frases, vertían lágrimas sus ojos, lloraban a lágrima viva, cual un niño a quien su madre hubiese propinado una tremenda azotina...

Elena quedó perpleja.

En conversaciones sucesivas, fué explicando Luis a Elena aquel nuevo estado de su alma ; aquel afecto que sentía su corazón hacia la mujer de su amigo ; pero también aquella firme y deliberada voluntad de jamás aparecer infiel a la confianza que depositara en su honor la amistad pura...

El asunto, como vemos, se prestaba a muchos y muy variados comentarios.

Explicar lo que un corazón va sintiendo en semanas de gestación de una pasión atrevida, adúltera, si se quiere, no es faena de una hora...

Pero tenían mucho tiempo para hablar todos los días, y todo se lo fueron comunicando, poco a poco y a su sabor.

Y resultó todo un poema filosófico sobre el amor cuanto los dos se dijeron.

El último canto (o capítulo) se desarrolló en cierto atardecer...

El sol huía y las tinieblas se presentaban, y todavía permanecían ambos en el jardín, como en espera de que una mayor obscuridad se hiciese.

A lo lejos se escuchaba el dulce canto de un tierno ruiseñor.

Una criadita se presentó en el jardín y preguntó a Elena si quería se encendiese la lámpara del rústico cenador.

—No ; estamos oyendo cantar a ese delicioso pájaro... y la luz le alejaría...

La criadita se retiró a sus quehaceres en las habitaciones.

Después... nada ; obscuridad, cada vez mayor, y silencio, más profundo cada vez.

El ruiseñor continuaba en sus trinos y gorgeos melancólicos, que repercutían en el cenador en forma de leves besos y suspiros comprimidos...

Cuando dos seres, magnetizados por la pasión de amor, que siempre tiende a confundirles en uno solo, se hallan en la soledad más completa, aprovechan los momentos, que siempre se les antojan rapidísimos en sus ansias de desearles eternos...

Y ese es el amor ; la eternidad en el rapidísimo instante, la perpetuidad (de la especie) en el pasajero momento (del íntimo contacto de los sexos).

Salió la luna ; uno de sus rayos sorprendió a los amantes confundidos en un estrecho abrazo... y se volvió a ocultar, ruborizada, tras la primera nube que hubo al lado...

Luego lloró su indiscreción con lágrimas ardientes, porque siempre fué favorita de los cándidos amantes...

—¡ Que nunca lo sepa Carlos... !

—¡ Nunca, nunca... !

Resonó débilmente un beso en el cenador.

El pájaro no cantó más.

Elena y Luis se dirigieron hacia las habitaciones.

La luna volvió a brillar.

Su pálida luz parecía despedir cortésmente a los enamorados, con estas frases :

—¡ Hasta... otra ; buenas noches !

De aquella noche, de aquel cenador, de aquel jardín, de aquel pájaro canoro, de aquella luna... quedó sagrado recuerdo en la mente de nuestros enamorados.

Sí ; malo, muy malo es que el *arca santa* donde el hombre deposita cuanto para él más de

valor puede tener en la vida, se vea violentada, mancillada, detentada... ¡pero tal es la realidad, tales son las pasiones!

Mas sabia (en esto) la Naturaleza, hace que, cuando ya está cargado un barco, las mercancías sobrantes caigan sin provecho al mar, donde se hunden, sin perjudicar a las otras...

IV

TORMENTAS SIN TORMENTOS

A la mañana siguiente de aquella noche, y después del habitual desayuno, preguntó la doncellita a Elena:

—Señora, ¿quiere usted que la peine...? Son las doce ya, y no tardará en venir el señorito Luis...

—¡Bah! ¡Es lo mismo...! Luego; después de comer me peinarás...

Era que, sin advertirse apenas, se iban modificando las costumbres en aquella casa; así como, sin advertirse también, la intimidad entre Luis y Elena íbase haciendo más grande y hasta casi, casi comprometedora...

¡Pero el castigo al fin llega, cuando sobreviene el hastío!

El mar tiene sus flujos y reflujos, como la sangre en los vasos...

Tiene sus mareas, como los hervores del cuerpo humano...

Tiene sus calmas y sus borrascas, como sus pasiones el corazón.

Porque en la Naturaleza, si nada es exactamente igual, todo guarda entre sí alguna semejanza...

Y aquel mar levantino, tan tranquilo de ordinario, un día se alborotó, y cierta noche tuvo

que entrar en el puerto Carlos, como de arribada forzosa.

¡Claro es! Nadie le esperaba en su casa, sin previo aviso y a las doce de la noche...

Pero al darse a conocer, se le franquearon las puertas todas, y Elena se arrojó del lecho y le recibió entre sus desnudos brazos, emocionada.

En cuatro palabras quedó explicado todo.

El ya había cenado a bordo y nada le apetecía sino descansar.

—¡Hermosa cama! ¡No dormirás poco a gusto empleándola para ti sola!

—Sí; ya estoy cansada de dormir en las pequeñas...

El marido se desnudó; tiró su ropa en el diván y empezó a dormir; interín, Elena, dejaba las cositas bien arregladas, las ropas bien dispuestas, todo en orden y enterándose de todo, en tanto llegaba el instante de acompañar en el lecho a su marido.

Y este instante llegó.

Y el sueño no tardó en confundirles en su seno... aparentemente.

Descansaban; pero en una media vuelta brusca que dió Carlos, notó cierta resistencia, en las ropas que le cubrían, a dejarse ceñir a su persona; notó algo así como si tirasen de aquellas ropas desde debajo de la cama...

Y esto le puso en guardia; y acabó por despabilarse completamente, encender luz y mirar qué cosa ocurría con aquellas ropas...

En efecto, el fleco de la estampada colcha habíase enganchado entre los broches de un pesado brodequín; brodequín que no era suyo,

pero que creía conocer y haber visto muchas veces...

Una sospecha cruel vino a fijarse en su mente, y hasta, asociando ideas, recordó que en el almohadón de la ancha hermosa cama matrimonial, había notado dos huellas... dos huellas que dejaran otras tantas cabezas que en aquél descansasen... pero, soñoliento como estaba, no dió importancia a aquello. Y dijo a Elena (que si aparentaba dormir, no podía fácilmente hacerlo):

—Escucha, Elenita; tira de la colcha hacia arriba, así, como si fuera de una cuerda de pescar, y verás qué hermosa pieza sacas...

No estaba para bromas ella, pero por no adelantar los terribles acontecimientos que presentía, así lo hizo. Y tiró, tiró... de la colcha, hasta que apareció el fleco que colgaba, y enredado a éste por los broches, un pesado brodequín... ¡Era de Luis!

No había contado Elena con aquel descuido y quedó ensimismada unos instantes...

Carlos, dando muestras de agitación, preguntó:

—¿De quién son esos zapatos? Tuyos, no; míos, tampoco ...¡De Luis, de Luis... en cuyos pies les vi bastantes veces, cuando paseábamos juntos por la playa...!

—Sí; serán de Luis, de tu querido amigo, a quien me recomendaste tantas veces...

—¿Dónde está?

Y con resolución, Elena se dirigió a un falsete o puerta de escape que había en el dormitorio y que comunicaba con otro, la abrió, y dijo con acento firme:

—¡Luis, salga usted!

Fué la escena más curiosa.

Carlos, en ropas menores, mirando con la boca abierta aquella especie de puerta, de *toril,* por donde habría de salir el *bicho*...

Elena, casi desnuda y con la respiración agitada, esperando la aparición del sorprendido amante...

Y Luis, en ropas interiores, como Carlos, saliendo perezosamente, *por pies* (que diría un torero), y con la boca aun más abierta que su amigo...

Tras un minuto de estupor en todos, exclamó al fin Carlos :

—¡ Oh ! ¡ Mi querido amigo... mi amigo del alma... del corazón... ! ¡ Sé que has acompañado a mi mujer muchas veces... en el paseo, en la casa, en la mesa... pero nunca pude persuadirme de que tu *desinterés* llegase hasta acompañarla en la cama !

Luis, sin saber qué objetar en aquellas circunstancias, callaba, baja la cabeza, y en vano procuraba meterse las manos en los bolsillos, pues que sus calzoncillos carecían de ellos.

Elena vino a resolver aquella difícil situación.

—Pues, marido mío, no te debe sorprender todo cuanto aquí ocurre, porque bien clarito te lo advertían esta carta.

Y leyó :

«Querido Carlos : Cuando regreses de tu expedición, vente derechito a Barcelona, sin recalar en ese puertucho, donde sé que tu mujer te engaña con el bobalicón de mi marido. Sí ; me consta que se entienden y bailan solos ; déjalos... que aquí te esperan los brazos de la que sólo en ti piensa.

»M. DE CARLOS.»

Y poniendo la carta ante los ojos de Luis, le preguntó :

—¿ Conoce usted la letra de su mujer... ?

—¡ Pero, esa carta... !—interrumpió Carlos, furioso—. ¿ Cómo llegó a tu poder ?

—¡ Por tu bolsillo, cuando creía que mi marido no tenía secretos de mujeres para mí !—le respondió ella con altivez.

—Bien ; sí. Cuando me convencí de que la amistad más entrañable sólo dura hasta el momento en que se interpone una mujer, contraje relaciones con Magdalena, para vengarme de vosotros dos.

—¡ Imposible ! — adujo Elena— ; yo jamás hubiera intimado con el amigo de no haber tenido noticias ciertas, positivas, de lo que en Barcelona ocurría...

A lo que comentó Luis :

—¡ Luego, yo soy el vengador !

—Pero injusto ; porque al solicitar a Magdalena, lo hice en evitación de otros amores que pudieran perjudicar más gravemente la reputación del amigo... ¿ A quién se le ocurre dejar en Barcelona a hermosa joven espiritual, nerviosa... allí, donde tanta estimación estas cualidades tienen... ? Debes, pues, quedarme agradecido...

Se hizo un silencio mortificador.

Amanecía.

Carlos, vestido con su uniforme, se disponía

a alejarse de aquella casa donde no halló el descanso que necesitaba.

Luis, calzados sus brodequines y vestidas sus prendas habituales, esperaba el resultado de aquella borrasca de la vida, y le admitía con resignación y le daba por bueno, fuese el que fuese.

Elena, en la curiosa *negligé* sabida, había dispuesto en el comedor un apetitoso desayuno para los tres.

La doncellita avisó a los señores ; éstos pasaron al comedor, los tres consumieron el desayuno sin dirigirse palabras ni miradas indiscretas ni mortificadoras, y cuando ya estuvieron listos o prontos para tomar una resolución, preguntó Carlos con solemnidad :

—Y bien : ¿cómo queda esto?

Luis se encogió de hombros y calló.

Elena dijo :

—Lo hecho, hecho está. Creo queda bien, quedando todos conformes. El marido, siempre es la primera figura en una casa. El amigo nunca estorba, si se procede con discreción...

—Se lo trasmitiré a Magdalena—objetó Carlos.

Y es de presumir que la prudente proposición de Elena fué acogida favorablemente por su *rival,* dispuesta como estaba a no romper por ningún concepto con el marino.

Y que los amigos seguirían estimándose... por el bien parecer.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

De 0,10 ptas.

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel
IV.—De institutriz a cortesana
V.—Inconvenientes del amor
VI.—Mi vecinita y yo
VII.—Posadas y posaderas

De 0,20 ptas.

I.—La insaciable
II.—La niña precoz
III.—Juegos peligrosos

EN PRENSA: **LA INICIADORA**

Los pedidos a **EDITORIAL H.**—BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona